

## UN SABER RACIONAL

Por ir precisando términos, diremos que la moral es un tipo de **saber** que pretende **orientar la acción humana en un sentido racional**. Es decir, pretende ayudarnos a obrar racionalmente, siempre que por "razón" entendamos esa capacidad de comprensión humana que arranca de una **inteligencia sentiente**, de una inteligencia no ajena a los sentimientos y a la experiencia. La razón es capaz de diseñar esbozos, propuestas, que funcionan como brújulas para guiar nuestro hacer vital, pero hunde sus raíces en ese humus fecundo de nuestra inteligencia sentiente, del que en último término se nutre.

Por eso las tradiciones filosóficas empeñadas en abrir un abismo tajante entre inteligencia, sentimientos y razón nos hacen un flaco servicio: la razón enraíza en la inteligencia, que es ya sentiente<sup>1</sup>. La moral es, en este sentido, un tipo de saber racional.

### Un saber que orienta la acción

Ahora bien, a diferencia de los saberes también racionales pero preferentemente teóricos (contemplativos), a los que no importa en principio orientar la acción, la moral es esencialmente un **saber práctico**: un saber **para actuar**.

Pero no sólo para actuar en un momento puntual, como ocurre cuando queremos fabricar un objeto o conseguir un efecto determinado, que echamos mano del saber **técnico** o del **artístico**. El saber moral, por el contrario, es el que nos orienta para **actuar racionalmente en el conjunto de nuestra vida**, consiguiendo sacar de ella lo más posible; para lo cual necesitamos saber ordenar inteligentemente las metas que perseguimos<sup>2</sup>.

Por eso, desde los orígenes de la ética occidental en Grecia, hacia el siglo IV a.J.C., suelen realizarse **dos distinciones en el conjunto de los saberes humanos**:

1) Una primera entre los saberes teóricos, preocupados por averiguar ante todo qué son las cosas, sin un interés explícito por la acción, y los saberes prácticos, a los que importa discernir qué debemos hacer, cómo debemos orientar nuestra conducta.

2) Y una segunda distinción, dentro de los saberes prácticos, entre aquellos que dirigen la acción para obtener un objeto o un producto concreto (como es el caso de la técnica o el arte) y los que, siendo más ambiciosos, quieren enseñarnos a obrar bien, racionalmente, en el conjunto de nuestra vida entera, como es el caso de la moral<sup>3</sup>.

## DIVERSAS FORMAS DE SABER MORAL

Ahora bien, las sencillas expresiones "racional" y "obrar racionalmente" son más complejas de lo que parece, porque a lo largo de la historia han ido ganando diversos significados, que han obligado a entender el saber moral también de diferente manera. Cuatro, al menos, de esos modos de entender lo moral son esenciales en la historia de la ética de Occidente<sup>4</sup>, por eso los comentaremos de forma muy breve:

<sup>1</sup> Xavier Zubiri, *Inteligencia sentiente*, Madrid, Alianza, 1980. Por esta línea caminan también los trabajos de José Antonio Marina, *Teoría de la inteligencia creadora*, Barcelona, Anagrama, 1993; *Ética para náufragos*, Barcelona, Anagrama, 1995.

<sup>2</sup> Adela Cortina (ed.), *Diez palabras clave en ética*, VD, Estella, 1994.

<sup>3</sup> Aristóteles, *Ética a Nicómaco*, libro VI, caps. 2, 3 y 4.

<sup>4</sup> A. Cortina, *Ética aplicada y democracia radical*, Tecnos, Madrid, 1993, cap. 11.

### 1) Búsqueda prudencial de la felicidad.

Según una tradición que arranca de Aristóteles, concretamente de la *Ética a Nicómaco*, obra moralmente quien **elige los medios más adecuados para alcanzar la felicidad, entendida como autorrealización.**

En definitiva -piensa esta tradición- las personas tendemos necesariamente a la felicidad, de forma que la felicidad es el fin natural de nuestra vida. Pero no sólo el **fin natural**, sino también el **fin moral**, porque alcanzarlo o no depende de que sepamos elegir los medios más adecuados para llegar a ella y de que actuemos según lo elegido.

Obrar moralmente es entonces lo mismo que obrar racionalmente, siempre que entendamos aquí por "razón" la **razón prudencial**, que nos aconseja elegir los medios oportunos para ser feliz. ¿Y quién es prudente?

Aquél que, al elegir, no tiene en cuenta sólo un momento concreto de su vida, sino lo que le conviene en el conjunto de su existencia. Por eso sopesa los bienes que puede conseguir y establece entre ellos una jerarquía para obtener en su vida el mayor bien posible. Quien elige pensando sólo en el presente y no en el futuro es imprudente y, lo que es idéntico, inmoral.

Una propuesta semejante aconseja, sin duda, cuidar el presente -aceptar la invitación al "*carpe diem*"-, pero sobre todo tener conciencia de que la elección de cada día tiene repercusiones para el futuro, percatarse de que el pan de hoy puede ser hambre para mañana. El prudente no es entonces "presentista", sino que sopesa y pondera los bienes que elige en el momento concreto, de modo que en la "cuenta de resultados" de la vida toda surja el mayor bien posible.

A la tradición que entiende así la vida moral se le conoce como "**eudemonismo**" (de "**eudaimonía**", que significa "vida buena", "felicidad" en el sentido de autorrealización plena), y permanece hasta nuestros días, con especial vigencia en la Edad Media, en filosofías como las de Averroes (s. XII) o Sto. Tomás de Aquino (s. XIII). Hoy surge con fuerza en el llamado "movimiento comunitario" (Alasdair MacIntyre, Michael Walzer, Benjamin Barber), en la hermenéutica (Hans-Georg Gadamer), y en la vertiente de la ética zubiriana que se refiere a la "moral como contenido".

### 2) Cálculo inteligente del placer.

También en el mundo griego nace otro modo de entender el saber moral y el modo de funcionar en él de la racionalidad, que es el propio del **hedonismo** (de "**hedoné**", que significa "placer").

Según los hedonistas, puesto que, como muestra la más elemental de las psicologías, todos los seres vivos buscan el placer y huyen del dolor, tenemos que reconocer que el móvil del comportamiento animal y del humano es el placer. Pero, a la vez, que el placer es también el fin al que se dirigen todas nuestras acciones y el fin por el que realizamos todas nuestras elecciones. De donde se sigue -concluyen- que **el placer es el fin natural y moral** de los seres humanos. ¿Quién obra moralmente entonces?

El que sabe calcular de forma inteligente, a la hora de tomar decisiones, qué opciones proporcionarán consecuencias más placenteras y menos dolorosas, y elige en su vida las que producen mayor placer y menor dolor.

Desde esta perspectiva, **la moral es el tipo de saber que nos ayuda a calcular de forma inteligente las consecuencias de nuestras acciones para lograr el máximo de placer y el mínimo de dolor.** Pero el máximo y el mínimo ¿para quién?

En la tradición hedonista se produce un cambio trascendental desde el mundo griego al moderno al intentar contestar a esta pregunta, porque el primero entiende que cada individuo tiene que procurar maximizar su placer y minimizar su dolor, mientras que el hedonismo moderno (**utilitarismo**) propone como meta moral lograr **la mayor felicidad (el mayor placer) del mayor número posible de seres vivos**. Es esencial, pues, aprender a calcular las consecuencias de nuestras decisiones, teniendo por meta la mayor felicidad del mayor número, y actuar de acuerdo con los cálculos.

El hedonismo nace en el siglo IV a. J.C. de la mano de Epicuro de Samos y sigue también vigente en nuestros días. Los representantes clásicos del hedonismo social o utilitarismo son, fundamentalmente, Jeremy Bentham, John Stuart Mill (con su libro El Utilitarismo) y Henry Sidgwick. En la actualidad el utilitarismo sigue siendo potente en la obra de autores como Urmson, Smart, Brandt, Lyons, en las teorías económicas de la democracia y ha tenido una gran influencia en el nacimiento del "Estado del bienestar".

### 3) Respeto a lo que es en sí valioso.

A fines del siglo XVIII Immanuel Kant cambia el tercio en lo que se refiere al modo de entender el saber moral. Es evidente -afirma- que, **por naturaleza**, todos los seres vivos tienden al placer y que todos los seres humanos queremos ser felices. Pero precisamente los fines que queremos por naturaleza no pueden ser morales, porque no podemos elegirlos. La naturaleza es el reino de la necesidad, no el de la libertad, por mucho que podamos elegir entre los medios. Por eso **serán fines morales los que podemos proponernos libremente**, y no los que ya nos vienen impuestos por naturaleza. ¿Cuáles son esos fines?

Para responder a esta pregunta Kant cree tener una buena ayuda: las personas tenemos conciencia de que hay determinados mandatos que debemos seguir, nos haga o no felices obedecerlos. Cuando digo que "no se debe matar" o que "no hay que ser hipócrita", no estoy pensando en si seguir esos mandatos hace feliz o no, sino en que **es inhumano actuar de otro modo**. El asesino, el hipócrita no están actuando como auténticas personas. ¿De dónde surgen estos mandatos, si no es de nuestro deseo de felicidad?

La respuesta que da Kant abre un nuevo mundo para la moralidad: **esos mandatos surgen de nuestra propia razón que nos da leyes para comportarnos como auténticas personas**. Y un ser capaz de darse leyes a sí mismo desde su propia razón es, como su nombre indica, un ser **autónomo**.

Por eso las normas morales mandan sin condiciones y no prometen la felicidad a cambio; **sólo prometen realizar la propia humanidad**. De ahí que se expresen como **mandatos (imperativos) categóricos, incondicionados**. Ser persona es por sí mismo valioso, y la meta de la moral consiste en querer serlo por encima de cualquier otra meta: en querer tener la **buena voluntad** de cumplir nuestras propias leyes.

La razón que proporciona esas leyes morales no es la razón prudencial ni la razón calculadora, sino la **razón práctica, que orienta la acción de forma incondicionada**.

Kant defendió esta posición por primera vez en su obra Fundamentación de la Metafísica de las Costumbres y, aparte del gran número de kantianos que ha habido y sigue habiendo, actualmente no existe ni una sola ética que se atreva a prescindir de la afirmación kantiana de que las personas son absolutamente valiosas, fines en sí, dotadas de dignidad y no intercambiables por un precio.

#### 4) Saber dialogar en serio.

A partir de los años 70 Karl-Otto Apel y Jürgen Habermas, profesores de la Universidad de Frankfurt, proponen continuar la tradición de la ética kantiana, pero superando sus insuficiencias. Los creadores de lo que se llama "ética del discurso" están de acuerdo con Kant en que el mundo moral es el de la autonomía humana, es decir, el de aquellas leyes que los hombres nos damos a nosotros mismos. Precisamente porque nos las damos, podemos promulgarlas o rechazarlas, aceptarlas o abolirlas.

Sin embargo, discrepan de Kant -entre otras cosas- a la hora de determinar qué significa "nos damos nuestras propias leyes". Porque así como Kant entiende que cada uno de nosotros ha de decidir qué leyes cree que son propias de las personas, consideran los autores que comentamos que deben decidirlo **los afectados** por ellas, después de haber celebrado un **diálogo en condiciones de racionalidad**.

La **razón moral** -concluyen- no es una razón práctica monológica, sino una **razón práctica dialógica**: una **racionalidad comunicativa**. Las personas no debemos llegar a la conclusión de que una norma es ley moral o es correcta individualmente, sino a través de un diálogo. Pero no a través de cualquier diálogo, sino a través de un diálogo que se celebre entre todos los afectados por las normas y que llegue a la convicción por parte de todos de que las normas son correctas, porque satisfacen los intereses de todos.

Evidentemente, no es así como se decide normalmente si una norma es o no correcta, pero así es como debería decidirse.

Saber comportarse moralmente significa, desde esta perspectiva, dialogar en serio a la hora de decidir normas, teniendo en cuenta que cualquier afectado por ellas es un interlocutor válido y como tal hay que tratarle.

Esta posición recibe indistintamente los nombres de "ética dialógica", "ética comunicativa" o "ética discursiva", y tiene hoy en día seguidores en un buen número de países.

\*\*\*\*\*

Éstos son, pues, cuatro modos de entender cómo comportarse en la vida de una forma moral. Ciertamente, la historia de la ética nos ha pertrechado de otros modelos, pero como estos cuatro constituyen la clave para comprender los restantes, vamos a darnos por satisfechos con ellos, al menos en una primera aproximación.